

sito de guardar mejor su ley precavida de toda idolatría; y así, entrando por lo más estrecho del río asirio, el Señor usó con ellos maravillas y obró para ellos milagros, hasta detener la corriente del agua, para que á pie muy enjuto pasasen y llegaran á regiones que los maestros en letras rabínicas creen correspondientes con Méjico y con el Perú. Otro sabio, Genebrardo, autor en el siglo décimosexto de una *Isagoge rabínica*, hecha para enseñar á entender con fruto las letras hebreas, comentando el viaje de las diez tribus, asegura que la tierra de Arsaveth, donde designa el Profeta la reunión de los diez grupos hebreos, es la Tartaria Mayor, y que desde la Tartaria Mayor fueron á la isla de Groenlandia, y desde Groenlandia, por el estrecho de Davis, se propusieron pasar á la tierra del Labrador, «que ya es tierra de Indias, dice, y que dista sólo cincuenta leguas de Groenlandia.» Y no les basta, no, á estos rabinos con las palabras de su Esdras como reveladoras de América; juzgan que también la revelan unas palabras de Isaías en su capítulo xi, diciendo cómo llamó el Dios de Israel á los suyos, no sólo de Asiria y del Egipto y de Etiopía, «sino también de las islas de Occidente.» Y á todo esto añaden los rabinos, para confirmar la estada secular y antiquísima de los israelitas en el Nuevo Mundo, la relación de un judío portugués que respondía á los nombres de Arahón Leví, alias Montesinos, quien aseguraba que, habiendo ido á lomo de mula por los Andes y sus altas planicies, encontró varios arrieros indígenas, los cuales dijéronle cómo habían inferido ellos en América, por su mal, á una gente santísima las penas que los españoles por su parte les infirieran á ellos; y deseando conocer el industriado así la gente de quien los arrieros hablaban, como supiesen éstos era hijo de Israel, condujéronle durante ocho jornadas por un río muy caudaloso y muy amplio, en cuyas orillas á punto llegaron conocido y señalado por los conductores, donde se detuvieron, y, detenidos ya, sacaron un pabellón de algodones é hicieron señas, tras las cuales viéronse á su vez otras semejantes y correspondientes con ellas, anuncian-

do que iban á su encuentro, una mujer y tres hombres, quienes recitaban el versículo iv del capítulo iv del *Deuteronomio*, y luego de recitarlo, se marchaban río arriba, y venían otras cuatro personas con el mismo cantar en los labios y el mismo carácter en las figuras, todo ello indicativo de que había una tribu hebrea en aquel sitio, quien, á pesar de haberle dado el viajero, por medio de los allí advenidos, muchas fianzas de fidelidad, no quiso aceptar convivencia ninguna con él, reclusa en los senos de un recelo, quizá proveniente del odio religioso. Tales aparecían, tan radiosas y difusas y perplejas, las ideas esparcidas por todas partes respecto del Nuevo Mundo.

Si las nociones más ó menos confusas de griegos y orientales, así árabes como judíos, indican la constante aspiración de nuestra especie á penetrar los misterios del Océano, sacudiendo las supersticiones mismas, que parecían evaporadas de su inmensidad; las ideas de los escritores católicos durante toda la Edad Media no indican y no preparan menos este grandioso acaecimiento. Aunque la irrupción de los bárbaros nos empujase atrás en términos de parecer la Europa entonces un pueblo casi primitivo, como encerrado so el terror á la Naturaleza ignorada bajo la tutela primero de una teocracia omnipotente y después de un feudalismo militar espantoso, no se perdió del todo la vieja cultura clásica, merced á dos factores capitales de la civilización cristiana; primero el monasterio benedictino, segundo la escuela cordobesa. Todo aquello, que cabía en circunstancias tales hacer, habíalo hecho nuestra patria en los siglos bárbaros con dos monumentos, científico el uno, las obras de San Isidoro; el otro jurídico, nuestra legislación visigoda. En el desierto extendido por las irrupciones y por las guerras, desierto que hasta el espíritu llegaba y la conciencia, flotó aquel nombre de Aristóteles, aclamado como luminosísimo foco á un tiempo y por una providencial coincidencia entre los doctores árabes y los teólogos católicos. Acabado y perfecto el círculo de la metafísica helénica, por haber agotado casi esta ciencia el genio divino

de Platón, la filosofía tomó propensiones naturalistas, prácticas en los aristotélicos, y propensiones morales, jurídicas en los estoicos. Y los aristotélicos llegaron hasta nosotros por medio de Averroes y los estoicos llegaron hasta nosotros por medio de Séneca. Recorred la gran literatura colombina, quiero decir, los Diarios, epístolas, consultas, apuntes, libros dejados por el sublime piloto, quien á sus infinitas calidades reunía la excelsa de verdadero escritor, pues ya historía los sucesos como el más avizor de los cronistas, ya pinta los deliquios del alma como el más místico de los ascetas, ya canta la Naturaleza como el más bucólico de los vates; y echaréis de ver cuánto le sirven de un lado Aristóteles y Averroes, como de otro lado los dos Sénecas, el poeta y el filósofo, así para sus cálculos y proyectos propios como para sus persuasiones á los demás. No solamente invoca el excelso Aristóteles tamizado por la sabiduría semítico-árabe para demostrar que la tierra es redonda y la mar chica, por lo que nuestra occidental Iberia se halla muy próxima de las Indias Orientales; invoca las cuestiones naturales del filósofo Séneca, en lo relativo á viajes del siglo suyo, amén de invocar los versos de Séneca el poeta, que han pasado á la conciencia universal como una grande profecía por el genio anunciada en las idealidades etereas y cumplida fielmente por la realidad en el tiempo.

Mas, no sólo hallaba Colón en esta nuestra patria el Aristóteles comentado por los árabes y el Séneca traducido á la continua, cuyos libros se ponían sobre la cabeza los humanistas en religiosa reverencia, encontró también aquellos adelantos náuticos, que hacían de Barcelona, de Palma, de Sevilla, verdaderas escuelas de marear, á las cuales había tenido que recurrir varios lustros antes de la natividad de Colón el gran revelador del mar occidental próximo á las riberas lusitanas, el infante portugués D. Enrique. Una de las mayores maravillas, con que la Biblioteca Nacional de Francia se ufana justamente, ¡ah! es aquel increíble Atlas de mapas catalanes, donde se pueden ver

y tocar los adelantos científicos de nuestra patria, y sus revelaciones múltiples en el estudio de los mares y de los cielos conocidos entonces, por los siglos décimocuarto y décimoquinto. Mallorquines eran los astrolabios usados en la escuela lusitana de Segres, que hacían más segura la navegación, y más certeras sus direcciones, relacionando el espacio marino con el espacio celestial y las olas movibles con las estrellas fijas. ¡Cómo facilitaban los trabajos del mareante aquellos astrolabios metereoscópicos, que iban colgados del mástil mayor y servían para encontrar á cada momento el minuto cierto por la relación estrecha del mar con el cielo y de las ondas con las constelaciones! Siempre que se convierten los ojos á un rayo cualquiera ó matiz de la luz científica se halla uno frente á frente de aquel coloso que se llamó Raimundo Lulio, quien jamás ha cansado á la universal admiración, todavía empeñada en prestarle religioso culto. Poeta, filósofo, químico, naturalista, jurisconsulto, astrónomo, no sólo indujo de sus observaciones marinas que debía existir un amplio continente al ocaso de Irlanda y Escocia; escribió un *Arte de Navegar* y con grande sabiduría práctica perfeccionó el *Astrolabio*. Sin esta relación entre mar y cielo, encontrada en plena mitad de los siglos medios por la ciencia mallorquina, jamás los catalanes cumplieran sus atrevidas expediciones á las costas ardientes del África, ni á las costas brumosas del Norte de Inglaterra, como jamás hubiera establecido el infante D. Enrique su escuela de Segres, desde la cual pobló con islas y archipiélagos innumerables el occidental Océano. En el *Fénix de las Maravillas del Orbe*, por Lulio escrito y por Cladera citado primero en sus *Investigaciones Históricas* y después por Humboldt en su *Examen de la Geografía del Nuevo Mundo*, ya se dice cómo los mallorquines y los catalanes acudían á cartas de marear antes de haberse acabado el siglo décimotercio, las cuales cartas de marear superaban en mucho al saber corriente de su tiempo. No se había llegado á la mitad del siglo décimocuarto, y ya prevenían las ordenanzas

aragonesas que cada buque llevase, no una, dos cartas de marear á su servicio. Cuando el Infante se ufanaba con haber descubierto en las riberas africanas, el año décimonono de la centuria décimaquinta, el cabo de Non, bien podían decirle con orgullo fundadísimo los catalanes que su compatriota Ferrer había ido cinco grados al Sur más abajo el año cuadragésimosexto de la centuria décimacuarta. Y tan cierto cuanto vamos diciendo, que la escuela de Segres, fundada en sitios consagrados por antiguas tradiciones celtas, y erigida con el propósito firme de dilatar Lusitania por los mares, nunca brillara como brilló, si un mallorquín como el maestro Jaime no fuera designado por guía y director del grupo revelador que formaban aquellos avizores é inspirados nautas, los cuales, no solamente observaban mar y cielo, á manera de los humanistas y de los artífices del Renacimiento, leían y comentaban los libros clásicos. Y leyéndolos y comentándolos, encontraban referencias al mar de Zargazo en Aristóteles, y en su libro, que se titula *Maravillas de oídas*, y en Pitágoras y en los fragmentos pitagóricos muchas contradicciones del principio de Thales, que creía la tierra una grande lámina plana, y muchos asomos del dogma que había de revelar la nueva creación y abrir los caminos para encontrarla y conocerla; el dogma de la redondez del planeta.

Si á esto se añaden el mapa célebre de Behaim, que presentaba con arreglo á los dichos de Marco Polo, un collar de islas verdes y olientes, á las extremidades últimas de Asia; y la epístola del florentino Toscanelli asegurando se podía encontrar el Oriente con sólo navegar siempre hacia Occidente; y las palabras de Alberto Magno en su libro cosmográfico de la *Naturaleza de los Lugares*, donde proclamaba las zonas tórridas habitables todas ellas, y decía no ser líquido sino firme y continental el espacio por los antípodas habitado; y las prodigiosas ideas de Roger Bacón respecto á la posibilidad de hallar el Asia oriental por la Europa occidental; y, sobre todo, los libros del cardenal Pedro Aliaco, tan encarecidos por el descubridor que

probaban el principio aristotélico de la pequeñez del planeta y de la brevedad del mar, tendremos probado el teorema puesto á la cabeza de todas estas observaciones, respecto del medido y graduado progreso, con que una larga secular evolución llegó á disponer y preparar acontecimiento tan grande como este hallazgo del Nuevo Mundo, que no podía ser ni antes, ni después, sino en aquel minuto de los tiempos; ni por medio de este ú otro pueblo, sino por medio de nuestra España, la estrella vespertina; ni por otro ningún hombre, sino por aquel, diestro en los consejos, en las asambleas elocuente, práctico de cosas marineras, con vista de astrónomo para el cielo y lógica de matemático para el cálculo, de naturaleza positiva y observadora para la ciencia y de misticismo y efusiones místicas al mismo tiempo tales, que con sus rezos, con sus plegarias, con sus salves, con sus profecías, facilitaba un milagro y ponía, como los reveladores y como los profetas del Antiguo Mundo y de la vieja Historia, el mismo Dios de su parte.

La verdad es que nunca insistiremos bastante sobre el ministerio desempeñado por Colón en la Historia Universal, y sobre el servicio prestado primero á España y después á la Humanidad con su descubrimiento, cuando por todas partes pululan los conjurados adrede contra su gloria, empeñadísimos á una en buscar entre las fábulas, y las leyendas y las tradiciones de un continente tan vasto como América, cualquier precursor que oscurezca la gloria y que anule la obra del sublime profeta. No puede negarse y desconocerse primeramente que hay un fondo común humano en todos los pueblos, verdaderamente supraesencial á ellos, y un desarrollo graduado de su inteligencia en fases y de su vida en momentos, que les presta muchas analogías entre sí como los armoniza y las junta en concordancias continuas. No hay libro en las letras modernas tan curioso, cual el célebre de mi sabio amigo, el italiano Ferrari, en cuyas páginas demuestra cómo la inaccesible China, en su soledad y en su aislamiento, se afecta de creencias, de aspiraciones, de ideas, de revolucionarios

períodos y de períodos retrógrados, muy semejantes á los de nuestra Europa, y á veces hasta con los de nuestra Europa coincidentes. El hábito de la imitación que viste á las clases acomodadas con el mismo corte de traje desde Moscou á Cádiz, y que pone á la moda en tres lustros cosas tan dispares como los posteriores libros de Hugo y los primerizos de Zola, demuestra la existencia de un general contagio, análogo al contagio de los miasmas en el aire y de los microbios en el agua, contagio en las costumbres y en las ideas corriendo éstas como impelidas por los huracanes y por los oleajes y por las corrientes misteriosas desde un polo á otro, por modo extraño, apenas explicable, y por una virtud misteriosa y parecida de suyo al magnetismo polar y á las profundas corrientes oceánicas, que traen lejanos efluvios al aire nuestro arriba y en lo profundo al trópico y sus abismos los deshielos del Norte. Además, en sus comienzos todos los pueblos de la tierra se parecen, como en la célula ó el germen se parecen todos los individuos de una especie. Y precisa creer que así como África y Europa estuvieron unidas por el istmo que rompió Hércules, como Asia y África por el istmo que ha roto á nuestra vista Lesseps, el nuevo continente se halló unido con el viejo continente por un anillo tan precioso cual esa inmortal Atlántida de Platón, sobre cuyas cumbres pone la Historia diariamente un recuerdo y un esmalte la poesía. Como en el Peñón de Gibraltar se tropieza con los monos antiguos de África, en la isla de Cuba se tropieza con los fósiles continentales de América, y nadie ha podido penetrar, sino por indicios y por indicaciones, en el misterio impenetrable todavía de la ciencia prehistórica. Nuestros mismos escritores nacionales, Gómara, Herrera, el consultado Acosta, y tantos y tantos otros debían dar muchas armas á los enemigos de la prelación española en el Nuevo Mundo con el neurótico empeño de hallar fenicios en lo más apartado de las edades americanas, como se hallan fenicios en lo más apartado de las edades hispánicas, así como con la otra manía de rastraer

estelas recordatorias de algunas tradiciones bíblicas y cristianas, que demostrasen la unidad del género humano correspondiente á la unidad del Dios Criador y la penetración en todas partes de las revelaciones católicas y la universalidad de nuestra redención. Así, rival de Colón en el descubrimiento de América un Votan fenicio, admitido y casi criado por los historiadores hispánicos; rival un chino llamado Shin, que describe los territorios de Insang, los cuales no tienen analogía de ningún género con América, y, sin embargo, muchos americanos quieren que sea Méjico; rival un Kublai, mogol, que armó naves contra las costas del Japón y dieron en las costas del Perú.

Mayores títulos tiene para considerarse precursor el normando Erico Rojo y su heredero sucesor Leif. Habremos de convenir en que desde Bergen, en Noruega, unas veces, y otras veces desde Islandia, en viajes cortos y fáciles, llegaron hasta territorios adscritos á lo que podríamos llamar el sistema americano, cual denominamos al conjunto y suma de los planetas con su sol sistema solar. Pero el arribo y estada en Groenlandia, donde principalmente se asentaron estos normandos, territorio clasificable sólo como intermedio entre los dos continentes, ¿puede tener algún viso de aproximación siquiera con las expediciones reveladoras del Nuevo Mundo en período como el que personifica la gigantesca figura de Colón, el revelador? Y sin embargo, el entusiasmo por la novedad, rayana en extravagancia, de tal modo trastorna el sentido de las gentes, que un yankee, menospreciador del grande hombre, á cuyo estudio y á cuya intuición debe la humanidad el hallazgo de América, se ha creído en el caso de levantar magnífico monumento y aun estatua colosal á los primeros normandos que han querido arrojarse, por haber estado en los arrecifes anteriores ó en costas polares de América, el privilegio y el prestigio de su invención. No queremos hablar de aquellos que desde las plazas normando-francesas reclaman también la prioridad en el descubrimiento por varias arribadas forzosas á tierras no bien definidas, y

amén de esto, nos intentan una reclamación por la paternidad de Pinzón para su tierra; y atribuyéndole toda la gloria del descubrimiento, y atribuyendo este descubrimiento á ciencia y experiencia logradas allí, dispútanos gloria tan española como la gloria subsiguiente á hecho tan trascendental como la invención de América. En derecho se tacha con mucha razón y con mucha oportunidad á los que requieren tales cosas, y entablan demandas tales, y urden pleitos tan infundados de litigantes impertinentes. Igual digo del viaje de los hermanos Zenos. Familia noble y aventurera de Venecia, pudieron muy bien fletar un buque y zarpar de las lagunas en pos de islas y aventuras congruentes con los gustos de aquella maravillosa ciudad, parecida en sí á misteriosa nave anclada por el Mediterráneo y henchida de riquezas. Pero el relato de las empresas cumplidas y de las aventuras encontradas por los Zenos, se publica muchos años después de su realización y tras haberlo roto una mano inhábil y recompuéstolo sin destreza y competencia. Salieron, mucho antes que naciera Colón, del Véneto; entraron por el Estrecho de Gibraltar en el mar Norte de nuestra Europa; y perdidos entre las costas boreales de Escocia que miran á Noruega; un pirata, especie de caballero feudal en las aguas, con reino tan incierto como las nieblas y tan vago como las ondas, los impele por un camino paralelo al camino de los normandos hacia América, y les pide un relato que hacen, y cuyo principal encuentro resulta la calefacción de un monasterio en tierras frigidísimas, que los sabios conjeturan pertenecientes al polo americano, por lo menos al territorio más hacia el Norte del inmenso Canadá. He ahí los precursores lejanos de Colón.

En cuanto á los próximos, nunca se recató de mentarlos Colón, y nunca en su vida calló el auxilio recibido de ellos, y las noticias en sus precedentes y anteriores trabajos por él cosechadas. Muy dado á escribir, pues lo habilitaba su complexión artística y científica para toda clase de trabajos intelectuales, había resumido en una relación, de la cual se hallan fragmentos

así en la *Historia* de su hijo Fernando, como en la *Historia* del P. Las Casas, cuantas industrias debía en su labor á los encontrados en el camino de sus investigaciones. Los horizontes occidentales de Madera y las Azores, de Guinea y el Río de Oro, donde había estado tantas veces, fingían islas de refracciones solares y de vapores acuosos, muy dispuestas para en su inteligencia despertar ideas sobre las por él adivinadas y en su corazón avivar la esperanza de los encuentros en gloriosos viajes. Y cuando más contrariado se hallaba por las resistencias, ó por las negativas, ó por las burlas, ó por los menosprecios, más necesidad tenía de compilar los estudios en que fundaba sus proyectos como sus promesas, y con mucha razón veía en el acto de redactar y escribir todo aquello que le pasaba por las mientes un comienzo de realización verdadera. Dotado con genio creador y espíritu crítico al par, veía en los primeros momentos de presentársele un plan ideal su realización inmediata, como cosa muy hacedera y fácil; pero así que paraba en él mientes, y acudía con frialdad al propio juicio, el observador profundo se mostraba en su naturaleza complicadísima, y desechaba con el raciocinio lo recibido con el sentimiento. Así no atendió mucho al flamenco Leme, muy emperrado en que había descubierto tres islas á cien leguas de las Azores, que no podían ser sino escollos y arrecifes. Igual concepto le debió merecer la busca y requerimiento de aquella isla de las Siete Ciudades, perdida en tradiciones de viejas añoranzas, que Fernán Téllez, mayordomo de una hija del quinto Alfonso de Portugal, creía ver en los mares de Occidente, y sobre la cual pedía y alcanzaba un título de legítima posesión y gobierno. Más fijaría su avizora mirada espiritual el proyecto de Dulmo, capitán en la Madera, el cual, amén de permiso para ir á las Siete Ciudades, requería permiso para buscar la tierra firme que pudiese haber hacia las líneas occidentales extremas del Océano Atlántico. Y si llegó á entender que Dulmo se había confabulado con un tal Torres y cedí-dole, á cambio de que buscara dos carabelas prontas al viaje,